

NHANGA RUME

Un puente en la oscuridad

www.ac-matola-rio.com

PRÓLOGO

Desde la primera vez que pisé Mozambique, quedé cautivado por aquella tierra, sus gentes y su cultura, tan fascinantes por un lado, como enigmáticas por otro.

Obsesionado con no pasar nada por alto, traté de guardar absolutamente todo en mi recuerdo y en una enorme cantidad de material gráfico que garantizara la fijación de esos recuerdos con un propósito, poder compartir todas y cada una de las vivencias a mi regreso.

El denominador común de los cuatro viajes realizados hasta ahora fue siempre ese, el de tratar de perpetuar textual y gráficamente lo que eran aquellas experiencias. Pero el paso del tiempo demuestra que una o mil fotografías jamás podrán reflejar una sola emoción y al final los recuerdos, en una especie de selección natural, sintetizan lo que una imagen no puede: los sentimientos.

Es mucho más gratificador transmitir esas emociones con el poder y la magia de la palabra, catalizador de la creación de esta historia.

En octubre de 2009, durante mi primer viaje a Mozambique conocí de forma esporádica a un joven educado, amable y que transmitía algo especial. Fue durante el segundo de los viajes, en abril de 2011, cuando realmente tuve la suerte de conocer a mi amigo Alfredo, aunque su nombre verdadero es Djumek, a quien europeizaron el nombre las influencias del colonialismo portugués.

Como digo, durante ese segundo viaje, tuve la oportunidad de conocer a esta persona de una manera mucho más profunda, creándose con el paso del tiempo un fuerte vínculo de complicidad y amistad.

De la mano de Djumek, comencé a rascar en esa cultura ancestral que yo creía relegada a épocas pasadas, pero que hoy, en la era de la informática, la electrónica y las comunicaciones, aún perdura en remansos de paz y tranquilidad, ajenos al estrés de nuestra “moderna sociedad”.

La motivación de Djumek para ayudarme en la creación esta obra es muy distinta, es la de dar a conocer al mundo algunas de sus tradiciones y costumbres de las que tan orgulloso se siente, pese a vivir muy cerca de una capital como Maputo, donde muchas de ellas poco a poco se han ido perdiendo.

Uno de mis mejores e imborrables recuerdos lo tengo del tercero de los viajes, de una visita a un poblado casi aislado, cerca de donde se desarrolla la historia contada en este

libro y lejos de grandes urbes donde casi todo es caos y miseria.

Era una noche de luna llena, al apagar las luces de los faros y bajarnos del coche, mi vista tardó unos segundos en acostumbrarse a la suave y plateada luz. Lo primero que pude distinguir fueron varias cabañas escondidas en la oscuridad de las que sólo se dibujaba su silueta. Cuando mis ojos se adaptaron a esa oscuridad, pude ver un enorme árbol bajo el que se encontraba una mujer sentada en el suelo apoyada sobre su cadera derecha y delante, junto a ella, una niña de unos siete u ocho años que cuidaba y arropaba con mimo a un niño pequeño que con algún problema de salud dormía sobre una estera en el suelo.

Algunos metros más allá, en el interior de una cabaña de forma rectangular, que contrastaba con la silueta similar a una bellota del resto de las construcciones, se podía ver el resplandor de una lumbre, sobre la que descansaba un caldero.

La sensación de paz y tranquilidad transmitida por el escenario, la amabilidad de aquella mujer ofreciéndonos baño o comida con una suave y dulce voz en un alarde de hospitalidad fue de tal magnitud, que aunque no entendía absolutamente nada de la lengua en la que hablaba, seguro recordaré el resto de mi vida.

El día siguiente fue especialmente fascinante para mí al ser invitado a entrar en la cabaña de la máxima autoridad, el Régulo del poblado. Con él después de ofrecerle mis

protocolarios respetos y de charlar un buen rato, con mi amigo Djumek como intérprete, me ofreció aquel lugar como mi hogar y donde siempre seré bien recibido.

Comí con ellos y bebí una especie de vino que elaboran, que aún a medio fermentar, tenía un dulzor muy agradable.

Tristeza en el adiós, que aunque tampoco fue mucho tiempo el que compartí con ellos, sí el suficiente para ver en sus ojos la limpieza de su corazón y la sinceridad de afecto en sus palabras de despedida.

Episodios y situaciones parecidas se sucedieron constantemente durante este y el cuarto de los viajes, algunas igual de agradables, otras cuanto menos curiosas y otras realmente duras emocionalmente que seguro me han marcado para siempre.

El conjunto de todo, es lo que me ha movido a crear este relato basado en costumbres e historias reales. Historias atemporales que han ocurrido, ocurren y ocurrirán.

Los personajes de esta historia son todos reales con algunos nombres cambiados, siendo únicamente fruto de mi imaginación la amalgama que une la historia.

Todos esos nombres, ficticios o reales, existen en lengua Bitonga, hablada en el lugar donde se desarrolla la historia, si bien algunos otros vienen de la lengua Xangana y

uno en concreto del portugués, como licencia y recordatorio de una persona muy querida por mí.

En el texto aparecerán también palabras en lengua original y cuya explicación aparece a pie de página.

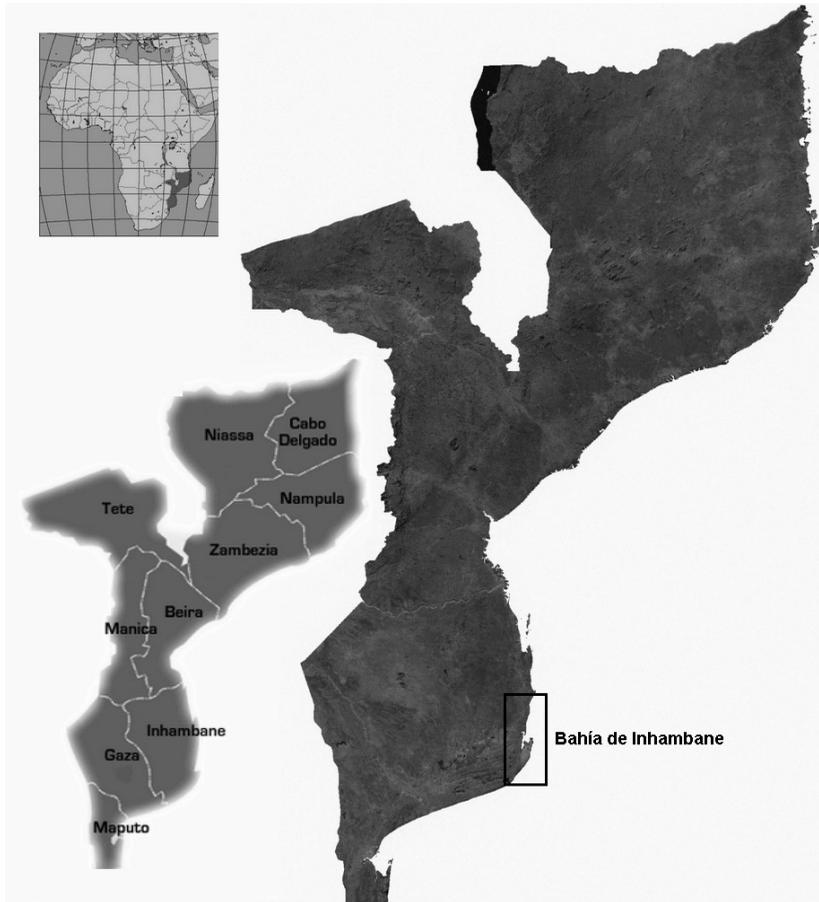
Como curiosidad, los capítulos de este libro están numerados también en Bitonga.

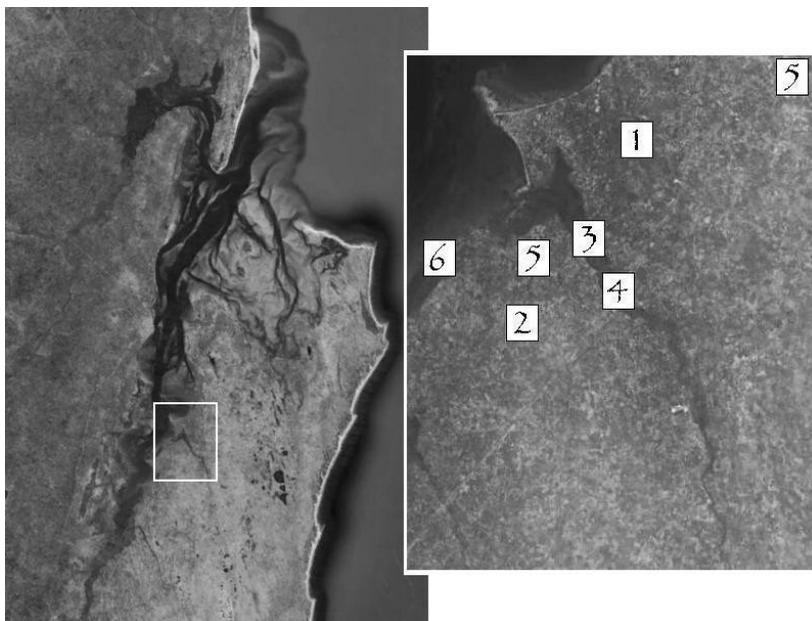
En cualquier caso, el lector dispone al final del libro y por orden alfabético, de un glosario de palabras donde poder consultar todos los términos que aparecen en esta obra.

Francisco Asensio López

MOZAMBIQUE

BAHÍA DE INHAMBANE





BAHÍA DE INHAMBANE
VEGA Y RÍO GUIÚA

- 1 NHAPOSSA
- 2 NAPHAPHA
- 3 PUENTE
- 4 VEGA Y RÍO
- 5 CAMPOS DE CULTIVO
- 6 ZONA DE PESCA